

abismándose mas y mas de dia en dia en nuevos excesos que exigian una nueva expiacion : todos estos pensamientos eran para ellos otros tantos motivos para privarse hasta de las cosas permitidas. Aparte de la Cuaresma, ayunaban algunas veces por semana, y en estos dias no comian hasta despues de ocultarse el sol. « El miércoles » y el viernes, dicen Tertuliano y Orígenes, son entre nosotros dias » de ayuno solemne¹. » Para la Iglesia de Roma el sábado era tambien dia de ayuno. ¿ Hay cosa mas interesante que su origen ? « Al » gunos ancianos de Roma, escribe san Agustin, creian que la cos- » tumbre de ayunar el sábado en Roma procedia de que habiendo » ayunado san Pedro juntamente con toda la Iglesia de Roma el dia » anterior al que estaba destinado para combatir á Simon el Mago, » cuyo dia era domingo, y habiendo tenido aquel combate un éxito tan » glorioso, se ha conservado la misma práctica desde entonces². »

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber santificado el mundo estableciendo el Evangelio; haced que imitemos la humildad, la modestia y la templanza de nuestros padres en la fe.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero evitar el esmero en mis vestidos y en mis comidas.

¹ Epist. LXXXVI, pág. 146. (Véase tambien Mamachi, t. II, pág. 119.)

² Tertul. *Lib. de jejun.* c. 14; Orig. *Homil. in Levit.*

LECCION VII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION.)

Roma subterránea.

Continuemos la historia de nuestros padres sin olvidar que el secreto de su triunfo, la gloria de su nombre y el modelo de nuestra vida se hallan en sus heroicas virtudes.

Oponian la pureza de los Ángeles á las infamias de los gentiles. La sobriedad y el ayuno son los custodios de la mas amable de las virtudes; así hablan con unánime voz la razon, la filosofía y la experiencia. Á falta de otros testimonios, esto solo bastaria para establecer la castidad perfecta de los primeros cristianos; pero tenemos otras pruebas que la misma vieja sociedad nos proporciona, pues á pesar suyo se veia obligada á reconocer que el Cristianismo hacia mas castos á los que lo practicaban, y que el pudor era la virtud mas querida de nuestros antepasados.

Tertuliano, citando las mismas palabras de los gentiles, les decia : « Al hablar de tales ó cuales á quienes conocisteis, y que antes de su » conversion al Cristianismo se señalaron por una vida disipada, diso- » luta y hasta escandalosa, tratais de desacreditarles con satíricas » comparaciones que se truecan en su elogio; tanta es la torpeza del » odio. Decís : ¿ Veis esa mujer ? ¡ qué coqueta, qué provocativa era ! » ¿ Veis ese jóven ? ¡ qué voluptuoso, qué amigo era de deleites ! ¡ lás- » tima que se hayan hecho cristianos ! Y no veis que atribuíis á su » Religion la honra de su mudanza. No há mucho, añadia el elocuente » apologista, al condenar á una cristiana á ser expuesta á la infamia » mas bien que á los leones, habeis probado que la pérdida del pudor » es para nosotros un suplicio mas atroz que todos los tormentos y » que la misma muerte¹. »

Ofreciéronse en aquella época numerosos ejemplos de mujeres cristianas á quienes los jueces amenazaban, como último medio de hacer que abjurasen el Evangelio, con exponerlas en las casas de libertinaje. Mas adelante, cuando los bárbaros del Norte se precipitaron sobre el Imperio romano, hallaron en él igual amor á la angélica virtud. ¡ Qué mujeres hay entre los Cristianos ! exclamaban en su admiracion. La jóven sociedad profesaba tan tierno amor á la

¹ *Apol.* c. 3, id. sub fin.

pureza y á la continencia, que un gran número consagraba á Dios su virginidad. ¡Cosa admirable! Augusto apenas podia hallar seis vestales en la inmensa Roma¹, y millares de vírgenes² florecian como lirios sin mancha en el pequeño campo de la Iglesia. Los que tomaban el estado del matrimonio guardaban con toda su perfeccion la castidad conyugal, y era en extremo raro verles pasar á segundas nupcias³.

La pureza de nuestros padres se manifestaba en todo su exterior. Era sumamente notable el contraste de la modestia de las mujeres cristianas con los adornos y la afectacion de las paganas: estas se pintaban el rostro con afeites, se perfumaban los cabellos y cargaban su cabeza de oro y perlas; pero las mujeres cristianas, cuyo exterior era reservado y modesto, nunca salian sino cubiertas con un velo, que ni aun se alzaban en la iglesia, especialmente si no eran casadas⁴, y raras veces se veia en sus cabellos nada que revelase el lujo ó la vanidad. Por otra parte, salian muy poco, y hasta su vida retirada era para los gentiles un objeto de mofa. Pero nuestros padres les respondian: « Solo hablais con irrision de nuestras vírgenes que viven » en el retiro, cuyas manos están ocupadas en hilar la lana, y su boca » en cantar cánticos sagrados: ¡eh! avergonzaos, avergonzaos los que » habeis erigido estatuas á cuantas mujeres se hicieron célebres por » el desenfreno de sus costumbres⁵. »

Los hombres no llevaban el cabello largo, sino que se lo cortaban: así lo prueban visiblemente los retratos que se han hallado en las Catacumbas. La mayor parte, especialmente en Oriente, llevaban la barba, pero sin ningun aliño, pues tenian horror á la necia vanidad de los gentiles que se la teñian para parecer mas jóvenes y bellos⁶.

Los primeros cristianos, si eran modestos en sus vestidos, no lo eran menos en sus miradas y palabras, y no se oian entre ellos expresiones obscenas, dichos equívocos, bufonadas, ni ninguno de esos cantos ligeros que tan poco escrúpulo causan á muchos en el día. Esta pureza angélica y esta modestia que en nada se desmentia, lle-

¹ Las vestales eran vírgenes paganas dedicadas al culto de la diosa Vesta; podian casarse á los treinta años, y únicamente habia seis. En tan corto número se cuentan, durante su reinado que fué de cerca de mil años, diez y siete condenadas al último suplicio por haber quebrantado su voto; y un número mucho mayor fueron objeto de sospecha: tan cierto es que la pureza es una virtud que solo crece en la verdadera Religion.

² *Plebem pudoris*, como dice san Ambrosio.

³ Mamachi, t. II, pág. 126-132.

⁴ Tertul. *De ornat. mulier.* lib. II, c. 4; et *De veland. virginib.* c. 2; S. Clem. Alex. *Pædag.* lib. III.

⁵ Tatian. *Contr. Gent.* pág. 169.

⁶ Véase *Roma subterranea* de Bosio; las obras de Bottari y de Boldetti.

naban á los gentiles de extraordinario asombro, y para una multitud de ellos era ocasion de su salvacion¹.

Nuestros padres oponian la pobreza voluntaria á la insaciable sed de oro que devoraba á los gentiles. La Roma de los Emperadores no era mas que un vasto bazar donde todo se sacaba á almoneda, porque todo se vendia: el honor, la inocencia, la probidad y la vida; y hasta el mismo Imperio fué puesto á subasta por la guardia pretoriana, y el Imperio halló comprador. En aquella vieja sociedad el oro lo era todo, porque el oro es el manantial de los deleites, y los deleites constituian la vida de aquella monstruosa agregacion de hombres. De aquí los asesinatos, envenenamientos, rebeliones y abominaciones de toda especie que manchan cada página de su historia.

Todo lo contrario sucedia en la jóven sociedad: hija de un Dios nacido en un pesebre y muerto en una cruz, arreglaba sus sentimientos y su conducta segun los ejemplos de su divino Fundador, y su amor á la pobreza llegaba hasta el despojo voluntario. Contentos con lo necesario, los primeros fieles daban el sobrante de sus bienes á la Iglesia para socorrer á las viudas, á los huérfanos y á los demás pobres, cualesquiera que fuesen, pues todo era comun entre ellos. Ricos con su fe y su esperanza, miraban con el mayor menosprecio todo lo pasajero², y tan admirable desprendimiento hacia á un tiempo su dicha y su gloria.

« Nos echais en cara el ser pobres, decian á los gentiles, cuando » la pobreza es un título de gloria mas bien que de humillacion: la » frugalidad, de que es manantial, fortalece el alma, así como la ener- » va la abundancia. Además, ¿ cómo podeis llamar pobre al que na- » da necesita, ni nada desea de lo que pertenece á otro, y que tiene » á Dios por tesoro? Por el contrario, es pobre aquel que con muchas » riquezas desea mas aun, y para explicaros toda nuestra idea, cual- » quiera por pobre que sea, siempre lo es menos que al venir al » mundo. Los pajarillos nacen sin patrimonio, y ningun día les falta » la subsistencia; todas las criaturas fueron hechas para nosotros, y » nos regocijamos de ellas, aunque no las deseamos, pues viaja con » mas comodidad el que lleva menos equipaje. Así pues, el cristiano » es el mas feliz de los hombres en el camino de la vida; porque la » pobreza le descarga, y no siente el peso de las riquezas. Pediríamos » á Dios riquezas si las creyéramos buenas para alguna cosa: ¿ qué » le costaria el concedérmolas, si todo le pertenece? mas preferimos » menospreciarlas, á tener que arreglarlas. Nuestros únicos deseos » son la inocencia y la resignacion, porque preferimos ser virtuosos

¹ Tatian. *Contr. Græcos*, n. 29; S. Just. *Apol.* I, n. 14; id. n. 12.

² Lucian. Samos. *Dial. Pevegrin.* n. 13.

» a ser prodigos. Los ricos son esclavos de su oro, y lo miran con mas frecuencia que al cielo. ¡Qué locura! Nosotros somos prudentes » porque somos pobres, y enseñamos á todos el modo de vivir bien » y de arreglar sus costumbres ¹. »

Finalmente, la sociedad nueva oponia á todos los crímenes de la vieja sus oraciones, sus lágrimas y una santidad perfecta. Así lo prueba la historia de sus acciones de cada dia. Nuestros padres se levantaban muy temprano; su primera accion era la señal adorable de la cruz, que repetían frecuentemente en el transcurso del dia, pues á sus ojos era el arma mas terrible para el enemigo del linaje humano. Señalamos la frente con la señal de la cruz, decian, para que el demonio retroceda aterrado al ver el estandarte del gran Rey ². Esta saludable costumbre era comun á todos los fieles sin excepcion, y las piadosas madres se la enseñaban ante todo á sus hijos.

Cuando se habian vestido, se lavaban la cara y las manos, pues el aseo era para ellos una virtud, y volvian á lavarse antes de ponerse en oracion. La familia se reunia en un aposento destinado á esta santa costumbre; principiaba la oracion matinal con la señal de la cruz, y duraba largo rato: nuestros padres estaban persuadidos de que la mañana era el momento mas conveniente para ofrecer al Señor el sacrificio de alabanzas ³.

Aunque no hubiera mas que un cristiano en la casa, no dejaba de hacer fielmente la oracion: despues de santiguarse, daba gracias á Dios por haberle conservado la vida del cuerpo y del alma durante la noche anterior, y le suplicaba que continuase concediéndole su proteccion y sus favores durante el dia que principiaba. Era un hijo que todas las mañanas iba familiarmente á pedir á su Padre celestial el pan de cada dia; era un viajero que iba á pedir el viático necesario para continuar su camino. En las casas cristianas el padre de familia hacia la oracion, y los demás le acompañaban.

Aunque los primeros cristianos estaban persuadidos de que la vida debe ser una oracion continua, tenian, sin embargo, ciertas horas destinadas á este santo ejercicio, porque las ocupaciones exteriores y la flaqueza de nuestro espíritu nos impiden con sobrada frecuencia pensar en Dios ⁴.

Hé aquí cuál era su actitud al orar. « Oramos, dice Tertuliano, » con los ojos elevados al cielo y las manos extendidas, porque son

¹ Minut. Felix. Oct. pág. 331; id. 423; Lactan. Div. Inst. lib. VII, c. 1, pág. 517.

² Tertul. De Coron. mil. c. 4; Orig. in Ezech.; Lactan. Div. Inst. lib. IV, c. 26; S. Cyril. Hieros. Catech. 13, pág. 28.

³ Orig. in Ezech. pág. 238; Tertul. Lib. de Orat. c. 11, pág. 133; S. Chrys. Homil. XLII in I Cor. n. 4; S. Basil. Epist. II ad Gregor. n. 2.

⁴ Prud. Hymn. Catech. pág. 30; S. Clem. Alex. Strom. lib. VI, pág. 723.

» puras; con la cabeza descubierta, porque no tenemos por que ru- » borizarnos, y sin que nadie nos dicte fórmulas de oraciones, por- » que el corazon es el que ora. » No hay cosa mas tierna que el uso de orar con los brazos abiertos: así oró el divino Maestro al espirar en la cruz; el cristiano, nuevo Jesucristo, imitaba á su modelo y daba pruebas de su entera adhesion. « Mientras nosotros oramos con las » manos extendidas, añade Tertuliano, despedazadnos si quereis con » garfios de acero, clavadnos en la cruz, arrojadnos en las llamas, » hundidnos el cuchillo en nuestro seno, y entregadnos á los animales » voraces, pues el cristiano al orar os demuestra, únicamente con su » actitud, que está pronto á sufrirlo todo ¹. »

Se volvian hácia el Oriente. Así como el sol al asomar trae la luz á los mortales, del mismo modo la aparicion del verdadero Sol de justicia, Nuestro Señor Jesucristo, disipa las tinieblas del mundo y alumbra á todos los hombres viniendo á la tierra; al volverse hácia Oriente para orar, nuestros padres expresaban la esperanza y el deseo de ser alumbrados por la luz divina ².

Durante la oracion, su exterior tenia una perfecta compostura, pero sin ninguna afectacion. Apenas estaban prosternados, elevaban su alma á Dios, y penetrados del sentimiento de su presencia, le hablaban como si le vieran con sus propios ojos. Este pensamiento producía en ellos un profundo sentimiento de humildad: detestaban sus ofensas con todo su corazon, perdonaban á sus enemigos, ahogaban todo afecto poco cristiano, y pedian especialmente los bienes del alma, cuidándose poco de los del cuerpo. A estos actos de humildad, arrepentimiento y adoracion seguía la consideracion de la grandeza infinita de la majestad suprema que glorificaban por medio de Jesucristo nuestro Salvador. Venian despues las peticiones afectuosas para ellos, para sus deudos y amigos y hasta para sus enemigos, pues sabian que un cristiano no ha de contentarse con perdonar á los que le quieren ó le hacen mal, sino que tambien debe orar por ellos ³.

Acababan como habian principiado, glorificando el santo nombre de Dios con la señal de la cruz; toda la familia se levantaba, y modestamente vestida se disponia para ir al santo sacrificio. Antes de salir de casa, cada cual hacia otra vez la señal de la cruz y se dirigia á la iglesia. Conforme á las instrucciones del divino Maestro, nuestros padres creian que las oraciones en comun eran mucho mas eficaces y agradables á Dios; oian misa y comulgaban todos: israelitas vigilantes, tenian cuidado de ir todas las mañanas á recoger el maná del cielo, estando persuadidos de que es imposible cruzar el

¹ Tertul. Apol. c. 30.

² S. Clem. Alex. ubi supra; Orig. Lib. de Orat. n. 31; Auctor quæst. et resp. orthod. inter oper. S. Just. resp. 108.

³ Orig. ubi supra, n. 8 et 38; S. Cypr. Lib. de Orat. pág. 107.

desierto de la vida sin recibir el pan de los fuertes. Mientras duraba el sacrificio se ocupaban en la oración, la explicación de la Escritura y el canto de los Salmos.

Después de la misa volvían á sus casas, no en tumulto sino con recogimiento y modestia, teniendo mucho cuidado de repetir á los que no habían podido asistir á la reunión, y especialmente á los niños, las instrucciones de los sacerdotes. Cumplidos estos deberes, que serán siempre tan dulces como sagrados para las familias cristianas, nuestros padres se entregaban á sus ocupaciones. Ejercían indistintamente todos los oficios decentes y lícitos, pues no ha de imaginarse que por haber renunciado al Gentilismo, fuesen inútiles ó extraños á la sociedad. Había cristianos en todas las condiciones: así como los Apóstoles no abandonaron la pesca después de su vocación al apostolado, los primeros fieles conservaban después de su conversión las profesiones que ejercían antes, y no las dejaban sino cuando veían en ellas peligros para su salvación.

«Somos casi de ayer, decía Tertuliano, y llenamos ya toda la extensión de vuestros dominios, las ciudades, fortalezas y colonias, vuestras aldeas, consejos, campiñas, tribus y decurias, el palacio, el senado, el foro, y solo os dejamos vuestros templos¹... ¿Osais decir, añadía el mismo apologista dirigiéndose á los gentiles, osais decir que somos inútiles al Estado? ¿Cómo? Habitamos con vosotros sin diferencia alguna en el modo de comer y vestir; con los mismos muebles y necesidades, porque no somos bracmanes ó gimnosofistas de la India que vivimos en los bosques y nos aislamos del trato de los hombres, no nos olvidamos de pagar á Dios el tributo del reconocimiento por todas las obras de sus manos, y nada rechazamos de lo que ha hecho, y únicamente tenemos cuidado de no usar de ellas con exceso y sin necesidad, y lo mismo que vosotros, no nos abstenemos de las cosas necesarias á la vida. Como vosotros vamos al foro, á los mercados, á los baños, á las ferias públicas, á las tiendas y á las hosterías; navegamos con vosotros, empuñamos las armas, cultivamos la tierra, comerciamos y ejercemos las mismas profesiones que vosotros².»

Hallamos en efecto cristianos en todos los estados: en la jurisprudencia, Minucio Félix y los senadores Hipólito y Apolonio; en el arte oratorio, Quadrato, Aristides, Atenágoras, san Justino y Tertuliano; en la medicina, san Lucas, san Cosme y san Damiano; en el arte militar, Cornelio, la legión Fulminante, la legión Tebana y un célebre capitán llamado Mario, del cual se ha hallado la siguiente inscripción en las Catacumbas: «Aquí descansa en paz Mario, jó-

¹ *Apol.* c. 37.

² *Apol.* c. 42.

ven capitán del emperador Adriano. Vivió bastante tiempo, porque dió su sangre y su vida por Jesucristo. Sus amigos en medio de alarmas le han colocado esta losa¹.» Se halla también mayor número de cristianos en las profesiones menos distinguidas; pobres en su mayor parte, ganaban su vida con el trabajo de sus manos, y eran herreros, alfareros, constructores de tiendas, tejedores, carboneros, labradores, sastres, carpinteros, zapateros y pescadores. Todos los estados han tenido sus santos.

Dios lo ha querido con objeto de enseñarnos, 1º. que la Religión es bastante poderosa para santificar todas las profesiones y condiciones, y que no es necesario retirarse á la soledad para lograr la salvación; 2º. que si queremos salvarnos en nuestro estado, es preciso imitar á los que tuvieron la dicha de hallar en el suyo su santificación. Entremos en las miras de esta amable Providencia, y veamos cómo desempeñaban nuestros padres sus ocupaciones. ¡No sea vano para nosotros su ejemplo!

La señal de la cruz precedía siempre al trabajo, y muchas veces le acompañaba el canto de los cánticos sagrados. Reinaban en él la buena fe, el ardor y la paciencia, y no se hallaban en todo el Imperio personas más seguras y probas que los Cristianos.

Al mediodía suspendían sus tareas; era la hora de la comida. Antes de sentarse á la mesa, hacían otra vez la señal de la cruz invocando el nombre del Señor, pues antes de alimentar el cuerpo, consideraban como una cosa justa y conveniente alimentar el alma, con cuyo objeto leían algunos pasajes de la santa Escritura. Terminada la lectura, hacían la señal de la cruz sobre los manjares, el vino y el agua, y tras una corta oración daban principio á la comida.

Hé aquí la fórmula de la antigua bendición, y cuya conservación debemos al célebre Orígenes: «Ó Vos que daís el alimento á todo cuanto respira, concedednos que usemos santamente de estos manjares que nos ha preparado vuestra misericordia. Vos dijisteis, Dios mio, que cuando vuestros discípulos beberían algún licor emponzoñado no sentirían mal alguno, con tal que tuviesen cuidado de invocar vuestro nombre, porque sois infinitamente bueno y poderoso; quitad, pues, de este alimento todo cuanto podría dañar el cuerpo y el alma de vuestros hijos².»

Si se hallaba presente algún sacerdote le pertenecía la bendición de la mesa³, y durante la comida se cantaban cánticos sagrados. Este interesante uso, que indicaba la inocencia de las costumbres y la ale-

¹ Mamachi, *Antiq. christ.* t. I, pág. 430. Véase también en otra obra del mismo autor, *De' costumi de' primitivi Cristiani*, t. II, pág. 50 y sig., un catálogo más extenso de cristianos de diversos estados.

² *Lib. II in Joan.* pág. 36.

³ Véase dom Ruinart, *Martirio de san Teodoro*, pág. 299.

gría de una buena conciencia, tenia además la ventaja de conservar el alma elevada á Dios y de precaver las palabras ociosas. Así pues, los Obispos y sacerdotes recomendaban á los padres de familia que enseñasen himnos y cánticos á sus esposas é hijos para que los cantasen, no sola al hilar la lana y al tejer la tela, sino tambien al tomar su alimento ¹.

Terminada la comida daban gracias al Señor, volvian á entonar cánticos sagrados y leian tambien algunos pasajes de la Biblia ². Cuando llegaba la hora, cada cual volvia alegremente á su trabajo, ó á diferentes obras de caridad, como visitar á los hermanos presos por la fe, recibir á los extranjeros, lavarles los piés, prepararles comida, distribuir limosnas y asistir á los enfermos ³.

Á las tres volvian á orar. Tal era bajo este aspecto el orden del día: al amanecer, á las nueve, al mediodía y á las tres recurrían al Señor por medio de fervientes oraciones, persuadidos de que cuanto mas se pide á Dios su asistencia y su auxilio, mas seguridad hay de alcanzar la victoria de las tentaciones y el buen éxito de lo que se emprende ⁴. Al regresar á su casa, los padres instruían á sus hijos, y en cambio de su cariño verdaderamente cristiano, los padres y madres recibían la obediencia, el respeto y las pruebas mas inequívocas de una piedad verdaderamente filial ⁵.

Antes de cenar leían las santas Escrituras, y, como en la comida, cantaban himnos y cánticos. Terminada la cena se daban gracias y se leían otra vez los Libros santos. En el momento de la cena se hacía la oración en comun, cada cual volvia á santiguarse en la cama, y se acostaban con modestia para tomar el sueño necesario ⁶. Para evitar todas las ilusiones del demonio nocturno, se levantaban á media noche y pasaban un rato en oración ⁷.

Tal era la vida de nuestros padres. Cuando se nos propone que la imitemos, respondemos: Esto ya no se usa. En verdad que ya no se usa vivir como cristianos, indudablemente porque no se usa tampoco morir como santos. Esto ya no se usa; pero no serémos juzgados segun el uso, sino segun el Evangelio: Jesucristo, nos dice Tertuliano, no se llama el uso sino la verdad; y la verdad no cambia. Siendo así, cristianos, ¿qué debemos hacer? ó cambiar de nombre ó de costumbres ⁸.

¹ S. Clem. Alex. *Strom.* lib. VII, pág. 728; S. Chrys. in *Psalm.* xl, n. 2, pág. 132.

² Tertul. *Apol.* c. 40. Véase tambien Cave, *De Reliq. et morib. veter. christ.* t. I, pág. 297.

³ Tertul. *Lib. II ad uxor.* c. 4.

⁴ S. Clem. Alex. *Strom.* lib. VII, pág. 722.

⁵ Tertul. *De Coron. mil.* c. 11.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Id. Lib. II ad uxor.* c. 5.

⁸ Aut muta nomen, aut muta mores.

Tantas virtudes entre los hombres del pueblo excitaban ya el furor, ya la admiración de la vieja sociedad gentilica. Hablarémos mas adelante del modo atroz con que persiguió á nuestros padres, pero consig-nemos aquí el homenaje brillante que rindió á su santidad: vamos á oír á uno de los mismos perseguidores de los Cristianos.

Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, halló en su provincia tan gran número de cristianos, que se vió apurado sobre el modo con que debia conducirse con ellos, y con objeto de informarse, consultó al emperador Trajano con la siguiente carta:

« Juzgo que debo, señor, consultaros todos los negocios dudosos, porque ¿quién puede fijar mejor mi incertidumbre ó instruir mi ignorancia? Nunca he asistido al proceso de los Cristianos, y por esta razon no sé lo que se castiga en ellos ó se averigua. Los dos puntos de mi duda son estos: ¿Es preciso hacer diferencia entre las edades? ¿No deben distinguirse los niños mas tiernos de las personas de edad? ¿Es preciso perdonar al que se arrepiente, ó bien es un crimen indeleble el haber sido cristiano? ¿Es el nombre sin otro crimen ó bien los crímenes anejos á este nombre lo que debe castigarse?

» Hé aquí la conducta que he observado hasta ahora con los que me han sido denunciados como cristianos: cuando han confesado, les he interrogado por segunda y tercera vez amenazándoles con el suplicio, y cuando han perseverado, les he despedido, porque no he dudado que, prescindiendo de lo que podia ser lo que confesaban, no debia castigar su tenacidad y obstinación inflexibles. Ha habido otros afectados de la misma locura que he anotado para enviarles á Roma porque son ciudadanos romanos.

» Habiéndose multiplicado muy pronto las acusaciones, como es de costumbre, se han presentado gran número de casos, y se ha hecho circular un libelo, sin nombre de autor, que contiene los nombres de varios que se han vanagloriado de ser cristianos ó de haberlo sido. Cuando he visto que invocaban los dioses con nosotros y ofrecían incienso y vino á vuestra imágen, que les habia presentado con las estatuas de los dioses, y que además maldecían á Cristo, he creído que debia dejarles libres, porque se dice que es imposible obligar á nada de esto á los que son verdaderamente cristianos. Otros, llamados por el denunciador, han dicho que eran cristianos, pero lo han negado en seguida, diciendo que lo habían sido, pero que no lo eran ya, unos desde hace tres años, otros desde mas tiempo, y algunos desde veinte años atrás. Todos han adorado vuestra imágen y las estatuas de los dioses, y hasta han maldecido á Cristo.

» Ahora bien, hé aquí, segun dicen, á lo que se reducía su falta ó su error: que acostumbraban reunirse cierto dia antes de asomar el sol y decir juntos á dos coros un cántico en honor del Cristo, como

» de un Dios; que se obligaban por juramento, no á ningun crimen,
» sino á no cometer hurto, robo ni adulterio, y á no faltar á su palabra
» ni negar un depósito; que en seguida se retiraban, despues se reunian
» para tomar una comida, pero ordinaria é inocente, y que hasta ha-
» bian cesado de hacerla á consecuencia de mi mandato, en el cual,
» segun vuestras órdenes, habia prohibido las reuniones. Para asegu-
» rarme plenamente de la verdad, he mandado dar tormento á dos
» esclavas que decian haber servido en estas reuniones, pero no he
» hallado otra cosa que una supersticion mal arreglada y excesiva, y
» por esta razon he diferido el fallo y me he apresurado á consultaros.

» Esto me ha parecido digno de consulta, principalmente á causa
» del número de los acusados; porque se hallan comprometidas y serán
» citadas una multitud de personas de toda edad, sexo y condicion,
» pues esta supersticion ha inficionado no solamente á las ciudades,
» sino á las villas y aldeas. Parece, sin embargo, que puede contenerse
» y curarse; al menos consta que se empieza á frecuentar los templos
» casi abandonados, á celebrar los sacrificios solemnes despues de
» una larga interrupcion, y que por todas partes se ven víctimas, en
» vez de que pocos las compraban antes; de lo cual puede fácilmente
» deducirse que un gran número se corrige, si se da lugar al arre-
» pentimiento¹. »

Trajano respondió así á la carta de Plinio :

« Habeis seguido la conducta que debíais, mi querido Secundo, en
» las causas de los que os han denunciado como cristianos, porque
» no puede sentarse respecto de todos una regla uniforme. No deben
» buscarse, sino condenarles cuando sean denunciados y convictos,
» de manera sin embargo que cualquiera que diga que no es cristia-
» no y lo pruebe sacrificando á nuestros dioses, alcance el perdon por
» su arrepentimiento, por sospechoso que haya sido en lo pasado. En
» cuanto á los libelos publicados sin nombre de autor, no deben ad-
» mitirse como especie alguna de acusacion, pues daria esto malísimo
» ejemplo, y no es digno de nuestro siglo². »

De modo que segun Trajano no deben buscarse los Cristianos, sino
castigarles cuando sean denunciados. « ¡Extraña jurisprudencia, ex-
» clama Tertuliano, monstruosa contradiccion! ¡Prohibir que se los
» busque porque son inocentes, y mandar que se les castigue como
» culpables! ¡perdonar y castigar al mismo tiempo, disimular y con-
» denar! ¿Por qué os contradecís tan groseramente? Si castigais á
» los Cristianos, ¿por qué no les buskais? y si no les buskais, ¿por
» qué les condenais³? »

¹ Epist. XCVII.

² Apud Plinium, pág. 98.

³ Apol. c. 2.

Esta chocante contradiccion era una confesion manifiesta de que á
los ojos de los gentiles nuestros padres eran irreprochables, y por esto
nuestros apologistas, al defender la causa de sus hermanos delante de
los tribunales del Imperio, desafiaban á los jueces á que convenciesen
á uno solo de los Cristianos de los crímenes que se les imputaban.
« Tomamos por testimonio los registros de vuestros tribunales, ma-
» gistrados, que todos los dias juzgais los presos y pronunciais vues-
» tros fallos á consecuencia de las denuncias que os hacen. ¿Se ha
» hallado nunca un cristiano entre esa multitud de malhechores,
» asesinos, ladrones, sacrilegos y sobornadores emplazados en vues-
» tros tribunales? Ó bien, entre todos los que os han denunciado
» como cristianos, ¿se halla uno solo culpable de alguno de estos
» crímenes? Los vuestros son, pues, los que llevan á las cárceles y
» sirven de pasto á las fieras; sus gritos son los que resuenan en las
» minas, y entre vosotros se toman esos rebaños de criminales desti-
» nados á servir de espectáculo; ninguno de ellos es cristiano, ó no
» es mas que cristiano, pues si es otra cosa, es porque no es ya cris-
» tiano.

» Luego nosotros solos, sí, nosotros solos somos inocentes. ¿Qué
» hay en esto que deba sorprenderos? La inocencia es para nosotros
» una necesidad que conocemos perfectamente, porque la hemos
» aprendido del mismo Dios, que es el maestro perfecto, y la guar-
» damos fielmente como mandada por un juez que no puede despre-
» ciarse. Hé aquí lo que son los hombres que os han enseñado la
» virtud, y los que os la han prescrito: luego no podeis conocerla
» aquí como nosotros, ni temer como nosotros el perderla. ¿Acaso
» pueden tomarse por apoyo las luces del hombre para conocer la
» verdadera virtud, y su autoridad para hacerla practicar? Sus luces
» extravían, y su autoridad es menospreciada. Fácil es evadir sus
» leyes, pues no alcanzan á los crímenes secretos, y sus castigos son
» de corta duracion, porque no se extienden mas allá del término de
» la vida. No sucede así con nosotros.

» Persuadidos de que nada se escapa al ojo escudriñador que todo
» lo ve, y que hay suplicios que evitar, somos los únicos que damos
» sólidas garantías á la verdadera virtud, porque conocemos su ma-
» nantial, y porque la ponemos bajo la salvaguardia del terror de un
» porvenir, no limitado á algunos años, sino eterno, y tememos á
» Dios y no al procónsul⁴. »

Temer á Dios y solamente á él fué la divisa de nuestros padres, y
tal debe ser la nuestra si queremos llegar á la santidad de que nos
dieron ejemplo.

⁴ Apol. c. 44, 45.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos dado tan hermosos modelos en los primeros cristianos: haced que imitemos su pureza, su desprendimiento de las criaturas y su santidad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero hacer bien mis acciones de cada dia.

LECCION VIII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION.)

Roma subterránea.

La verdadera santidad no consiste en cumplir únicamente con nuestros deberes para con Dios y para con nosotros mismos; exige además que observemos fielmente nuestras obligaciones para con el prójimo. Hemos visto que la vieja sociedad estaba muy distante de hacerlo, y á la ley de odio que se manifestaba en todas las relaciones de los gentiles entre sí, nuestros padres oponian la suave ley de la caridad universal. La caridad era entre todas las virtudes de la Iglesia naciente la que mas asombraba á los gentiles, porque todos los dias la veian brillar de mil modos, lo mismo en las grandes ocasiones que en los mas insignificantes pormenores de la vida.

Fieles á este principio del divino Maestro: *Ama al prójimo como á tí mismo; bendice al que te haga mal; ruega por los que te persigan; se conocerá que sois mis discipulos si os amais unos á otros*, todos los miembros de la jóven sociedad no formaban mas que un corazon y un alma.

Para proceder con orden, hablarémos en primer lugar del amor de los padres hácia sus hijos, y de los hijos hácia sus padres; en seguida, del amor de los esposos hácia sus esposas, y de estas hácia aquellos; de los hermanos y hermanas recíprocamente, y finalmente, llegarémos por grados á demostrar que la inmensa caridad de nuestros padres abarcaba todos los hombres, hasta á sus enemigos y verdugos.

En tanto que los gentiles no temian dar muerte á sus hijos antes de nacer ó exponerles brutalmente despues de su nacimiento, para no tomarse el trabajo de mantenerlos, nuestros padres miraban á sus hijos como una bendicion, y no omitian precaucion alguna para conservar los que Dios les habia dado. La madre se imponia el sagrado deber de alimentarlos para que recibiesen con la leche materna las santas máximas de la Religion, y á su cariño se agregaba una especie de adoracion, porque miraban á sus hijos como hermanos de Jesucristo, templos vivos de la augusta Trinidad y depósitos preciosos de quienes les pediria exacta cuenta el cielo. Imbuido en estos sentimientos, veíase al santo mártir Leónidas, padre del grande Origenes, aproximarse muy despacio á la cuna de su hijo dormido,